

Bautismo del Señor. Ciclo B.

## ***“Misión de Cristo, misión del cristiano”***

Terminamos con este domingo las fiestas de Navidad, el ciclo de las “manifestaciones o epifanías” de Dios a los hombres:

- Se manifestó en Belén: *vestido en carne*; la Encarnación, Dios hecho niño, uno como nosotros, de nuestra familia.
- Se manifestó a los magos: como estrella, como *luz* para todo el mundo. Dios se da a conocer a todas las naciones.
- Se manifiesta hoy de nuevo en el Jordán como *siervo de Dios y de los hombres*, pero Hijo predilecto del Padre y colmado del Espíritu.

La fiesta de este domingo es, por tanto, **la manifestación pública del Mesías**. Jesús, aquel niño de Belén, tiene ya alrededor de 30 años; inicia “su vida pública”; comienza a recorrer los caminos de Israel dando a conocer una Buena Nueva. Y para ello eligió la ribera del Jordán, uno de los puntos geográficos más bajos de la tierra, donde Juan bautizaba a las gentes con el bautismo de penitencia. Jesús se presenta mezclado entre hombres pecadores; se pone a la cola como uno más sin pedir privilegios o exigir otro tanto. Se presenta SOLIDARIO con los sufrimientos, las esclavitudes y los desgarros de los hombres. Esa será la MISIÓN DE JESÚS: ***“traiga el derecho a las naciones...”***, ***“abrir los ojos a los necesitados... y sacar a los condenados de sus prisiones y desorientaciones...”*** (1ª lectura); ***“el Señor bendice a su pueblo con la paz”*** (salmo responsorial).

En esta escena evangélica tenemos que ver un **gesto profético**: cuando Jesús se bautiza en el Jordán anticipa otro bautismo mucho más importante: ***el bautismo en su sangre***. Es como un ensayo de su Pascua: cuando baja al agua, anticipa su propia muerte; cuando sale del río, anticipa la vida nueva con el cielo abierto, el Padre cercano, vuelo de palomas y perfume de Espíritu. Realmente el bautismo importante es el de la Pascua.

Nosotros también hemos sido bautizados en nombre de la Trinidad, y nuestro bautismo no entronca con el de Juan (bautismo de penitencia) sino con el bautismo pascual de Jesús: ***bautizados en sangre, en fuego y en Espíritu***. Esto supone una vida nueva: al ser bautizados somos llamados para una misión que mira a los demás: hacer presente “aquí y ahora”, con nuestros hechos y palabras, la Buena Nueva de Jesús, el Reino de Dios. Hacer posible la paz que Cristo vino a traernos y que, hoy por hoy, en nuestro mundo está amenazada.

Puede ayudarnos bien para nuestra vida cristiana, humana y profesional, el siguiente comentario (tomado de “**Andrés Pardo** en *Reflexiones para la homilía de domingos y fiestas Ciclo C*”) acerca del Evangelio de hoy:

**“ En el sacramento del Bautismo confluye todo el misterio de la vida: el pasado del pecado, el presente del hombre nuevo y la esperanza del mundo definitivo. El Bautismo es regeneración, vida nueva, nacimiento de lo alto, participación de la resurrección, revestimiento de Cristo, signo de la filiación divina, unción del Espíritu. Contemplado y definido así desde la teología se comprende su importancia y valor. Sin embargo, desde la realidad pastoral concreta, el Bautismo tiene aún ciertos matices de celebración sociológica. Se pide el Bautismo desde diversas instancias- la costumbre, la religiosidad, la tradición familiar. Aunque es verdad que actualmente el nacimiento de un niño y su Bautismo ya no están indisoluble y automáticamente unidos, como ocurría antes. Es creciente la torna de conciencia, por parte de todos, de la seriedad y exigencias que comporta este sacramento fontal, para que no sea un gesto estéril. A quienes abogan radicalmente por el retraso del Bautismo hasta la edad adulta, para que haya un**

compromiso personal, conviene recordarles algunas de las razones presentadas en el nuevo ritual promulgado como fruto de la reforma litúrgica del Vaticano II: los niños son bautizados no por su fe personal, sino en la fe de la Iglesia, proclamada por los padres, padrinos y la comunidad, la respuesta y conversión personal de los niños es exigencia posterior al Bautismo que necesita una educación progresiva en la fe eclesial.

En este domingo celebramos la fiesta del bautismo del Señor. Es oportuno recordar las exigencias de nuestro propio bautismo a la luz del Bautismo de Cristo, que fue manifestación de su filiación divina, comienzo de su misión pública, proclamación de una nueva fidelidad, un nuevo amor, y una nueva ley. Los bautizados debemos manifestar en toda circunstancia que somos hijos de Dios, ungidos con un espíritu nuevo, que vence toda cobardía y egoísmo

Porque estamos bautizados tenemos que vencer el miedo a profesar una auténtica conciencia bautismal en todas las circunstancias básicas y a recobrar actitudes fundamentales que han podido abandonarse a lo largo del camino de la vida. Tareas específicas del bautizado son: vivir las obras de la luz en medio de las tinieblas, luchar contra las estructuras de la injusticia, enfrentarse al pecado del mundo, buscar afanosamente la fraternidad universal, construir el futuro de una historia nueva”.

*Bautizados no para ser personas “pasadas por agua”  
sino adultos cristianos que **acogen el Espíritu que invade a Jesús**  
para hacerle presente en nuestro mundo de hoy.*

*Avelino José Belenguer Calvé  
Delegado Episcopal de Liturgia*